

XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo A)

22 de noviembre de 2026

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO
Solemnidad

I. Notas exegéticas

En este domingo finalizamos un nuevo ciclo litúrgico. Durante todo un año, como Iglesia, hemos caminado y cultivado la fe con la ayuda del Evangelio de San Mateo. Esta celebración fue instituida universalmente en 1925 por el Papa Pío XI (Quas Primas) para que se celebrara antes de la solemnidad de Todos los Santos, es decir el último domingo de octubre. En la reforma del Concilio Vaticano II, el Papa Pablo VI reestructura el calendario litúrgico en 1969 y la lleva al último Domingo del Tiempo Ordinario, resaltando así que todo parte de Jesucristo y todo culmina en Él y su soberanía eterna sobre todo y en todo. Celebrar un año más esta solemnidad nos sitúa en la elección de seguir a Cristo de manera eficiente, por el camino que Él ha recorrido para reinar con Él para siempre.

Ezequiel 34, 11-12.15-17

A ustedes, mi rebaño, yo voy a juzgar entre oveja y oveja

En el primer testamento y en la cultura de la escritura es muy familiar, especialmente en el ambiente profético, la imagen pastoril, la imagen del pastor para referirse a los guías del pueblo. Frente a los pastores que explotan el rebaño o lo dejan perecer, Dios reunirá a los dispersos y los conducirá a la fuente de la vida.

Este profeta del exilio nos anuncia así la salvación de Dios al pueblo destruido donde él mismo será pastor y juez de sus ovejas. Esta proclamación es una selección de lo que todo el c. 34 anuncia sobre los pastores de Israel y de Dios como pastor con signos de anuncios mesiánicos futuros (vv. 23-24). La imagen seleccionada para este anuncio es síntesis de amor y ternura, suscita un eco de confianza amorosa y entregada en quien caminó seguro bajo el cayado de Dios. Todo esto es claro eco de lo que el salmo nos presentará. La indicación del v.17 nos conducirá también a la imagen parabólica de juicio que trae el Evangelio de hoy.

Salmo 23 (22), 1b-2a. 2b-3. 5. 6. R/. 1b

El Señor es mi pastor, nada me falta

Este salmo es uno de los más emblemáticos del salterio, convertido en un cántico de confianza que tiene el salmista al ver al Señor en la figura del pastor que acompaña su camino (vv. 1-4) y luego se convierte en anfitrión de casa que acoge al peregrino para brindarle bondad y misericordia (5-6). El salmista orante expresa su serena certeza de ser guiado y protegido, puesto al seguro de todo peligro, porque el Señor es su seguridad y guía segura. Este salmo destaca a su vez un carácter de profesión de fe gozosa en Dios como compañero de camino y de vida. Sin duda no podemos perder de vista su carácter de peregrinaje y de destino a la casa misma del Señor. El uso gramatical del posesivo “mi” “me”, denota la verdadera intimidad y confianza de Dios para con su orante, su peregrino y huésped. En el corazón del salmo está la señal de confianza absoluta y concreta del salmista: “tú vas conmigo”; es la proclamación de una seguridad y firmeza inquebrantable en Dios y sintetiza así una experiencia de fe radical, fe y confianza que aseguran la salvación en habitar en su casa por siempre.

1 Corintios 15, 20-26.28

Entregará el reino a Dios Padre, y así Dios será todo en todos

Esta segunda lectura es apropiada para la solemnidad por la manera como el apóstol Pablo aborda el tema la resurrección de Cristo que abarca a todas las realidades. En Cristo resucitado todos los creyentes gozarán con la creación de toda la gracia de la resurrección en plenitud.

Así Pablo responde organizadamente a un conjunto de cuestiones sobre la resurrección. Señala que, así como Jesucristo ha resucitado, también los cristianos resucitarán. La muerte no es, pues, solo liberación, sino poder que el Resucitado ha instaurado; su perspectiva nos es sólo física o biológica, sino que engloba a todo el hombre: muerte al pecado y vida resucitada en la justicia y el amor. La soberanía de Cristo vencedor de la muerte, aniquilador definitivo del pecado, hará que todo sea para todos como consumación del reino de Dios ahora entregado a su Padre del cielo en obediencia también a él.

Aclamación antes del Evangelio (Mc 11,9-10)

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!
¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David!

Este texto está en el ambiente de la entrada solemne de Jesús en Jerusalén con un sentido verdaderamente mesiánico y real. Su aclamación se inspira en el Salmo 118 (117) (vv. 26-27) que nos anunciaban a manera de alabanza la entrada triunfante de la salvación. Jesús ha venido a traer dicha salvación con la fuerza del Dios Padre.

Mateo 25,31-46

Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros

En la lectura continua que hemos hecho del capítulo 25 en estos últimos domingos se ha resaltado la disponibilidad en la vigilancia (las vírgenes aguardando al esposo) y la responsabilidad ante los dones recibidos cuando se tiene que dar razón de ellos (los talentos). Ahora, la última parábola es presentación de Jesús como pastor y juez. Podemos decir que hay dos secciones distinguibles. La primera, muy mayestática de Jesús-Pastor que distingue a las ovejas de los cabritos (vv. 31-33) y la segunda la del rey que establece sentencia sobre los que practicaron misericordia y los que no, siguiendo la distinción hecha anteriormente (derecha – izquierda) (vv. 34-46) en un paralelismo sapiencial y de sentencia. En esta última sección hay que poner atención a los binomios contrarios establecidos.

Sobre la primera sección se establece el escenario para el juicio pronunciado en la siguiente: “El Hijo del hombre llega en su gloria”, y que ya estuvo anunciado desde el capítulo anterior (24, 27.30-31). Ahora el gesto de sentarse en el trono de su gloria habla de la autoridad que ejercerá con su venida. Las naciones y los pueblos congregados a su vista lo verán actuar, como lo hace un pastor haciendo no solo una distinción de pueblo y orígenes sino también de aspectos más morales. El Señor saldrá al fin en defensa de los pobres, de los que sufren, de los perseguidos por su amor a la justicia... tal como ya lo indicaba el texto del profeta Ezequiel proclamado en la primera lectura de hoy.

La segunda sección, que tiene su talante de juicio propiamente, pone a Jesús en la figura del rey que hace la separación y sentencia con criterios de misericordia y caridad. La descripción del juicio es sobria y estructurada en dos partes paralelas y antitéticas. El paralelismo de acciones, hechas o no, resalta la índole del juicio: son juzgados por sus obras de misericordia para con los más pequeños. Veamos unos términos contrastantes y claves. “Vengan ustedes, benditos de mi Padre” y “Apártense de mí, malditos”; aquí ya está expuesta la sentencia de bendición o de maldición. Se vuelve interesante la referencia al Padre y al repudio del mismo Señor Jesús. La bendición recae en los que hacen la voluntad del Padre (cf. Mt 7,21; 12,50; 21,31) y la condena en los otros (cf. Mt 8,11-12; 13,40-41.49-50; 22,12-13; 24,48-51; 25,30). Los primeros para heredar el reino y otros para el fuego y el castigo eterno.

Otro aspecto es el elenco de las acciones de misericordia (saciar hambre y sed, acoger al forastero, vestir al desnudo, visitar al enfermo y preso) enlazados a la expresión del rey: “cada vez que lo hicieron con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron”. Las obras están identificando al débil y frágil que el rey llama el “más pequeño” (Cfr. Mt 10,42; 11,11; 18,4.6.10.14) y lo identifica como una acción directa hacia el mismo rey. La extrañeza de ambos grupos a lo dicho por el rey hará surgir la importancia de “los más pequeños”, que no solamente serán los discípulos del reino sino los verdaderamente más frágiles en la comunidad. Su enlace se ve maravillosamente en el discurso comunitario del capítulo 18 del mismo evangelio. La identificación hará resaltar la acción no solo distinguida como gesto benévolo y humanitario sino también con un verdadero sentido espiritual y cristiano.

Se destaca por último el calificativo de “justo”, mencionado sutilmente en v.37, y resolutoriamente en el v. 46, destacando así el carácter del bendecido o bienaventurado. Definitivamente a ser justo es a lo que ha invitado siempre Jesús a vivir como discípulos del reino (Cfr. Mt 13,40-43.47-49). Notemos que el término se circunscribe en el ambiente del juicio en todas las referencias dadas. Nosotros no nos hacemos justos, es Dios Padre y su Hijo quienes nos llaman “justos” al final.

II. Pistas homiléticas

- Jesús, al presentarse como juez-pastor, nos llama a esperar sin temor ese encuentro final con Él. Es más, se tratará de un momento largamente anhelado, pues contemplaremos el amor que ha dado sentido a todas nuestras acciones y que hemos trasparentado como discípulos también en la caridad con el más pequeño.

- *«Dios bendice a los que ayudan a los pobres y reprueba a los que se niegan a hacerlo: "A quien te pide dale, al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda" (Mt 5, 42). "Gratis lo recibieron, denlo gratis" (Mt 10, 8). Jesucristo reconocerá a sus elegidos en lo que hayan hecho por los pobres (cf Mt 25, 31-36). La buena nueva "anunciada a los pobres" (Mt 11, 5; Lc4, 18)) es el signo de la presencia de Cristo. "El amor de la Iglesia por los pobres […] pertenece a su constante tradición"» (Centesimus Annus 57).*

- *«Está inspirado en el evangelio de las bienaventuranzas (cf Lc 6, 20-22), en la pobreza de Jesús (cf Mt 8, 20) y en su atención a los pobres (cf Mc 12, 41-44). El amor a los pobres es también uno de los motivos del deber de trabajar, con el fin de "hacer partícipe al que se halle en necesidad" (Ef 4, 28). No abarca sólo la pobreza material, sino también las numerosas formas de pobreza cultural y religiosa (cf Centesimus Annus 57).»*. (Catecismo de la Iglesia Católica, 2443-2444).

- Cerrando este año litúrgico, y como signos de "Cultivar la fe", es necesario el ejercicio de responder al cuidado, crecimiento y fortalecimiento de la fe con la caridad en mí y en los otros. Nunca nuestra fe se hace más evidente que en los gestos de misericordia y amor, mucho más cuando es gesto de verdadera entrega y ofrenda al más necesitado.

- “Todo esto deseo: que mi oído esté atento a tus susurros, que el ruido cotidiano no tape tu voz, que te encuentre y te reconozca y te siga. Que en mi vida brille tu luz. que mis manos estén abiertas para dar y proteger, que mi corazón tiemble con cada hombre y mujer que padecen, que acierte para encontrar un lugar en tu mundo, que mi vida no sea estéril, que deje un recuerdo cálido en la gente que encuentre, que sepa hablar de paz, imaginar la paz, construir la paz. Que ame, aunque a veces duela. Que distinga en el horizonte las señales de tu obra. Todo esto deseo, todo esto te pido, todo esto te ofrezco, Padre.” (Todo esto deseo. José María R. Olaizola, SJ).

- Dios santo, Señor y Dios nuestro, tú que contemplas los cielos en el infinito de tu gloria, has tomado rostro de hombre y has compartido la miseria del más abandonado de entre los pobres. Danos la fuerza de tu bendición. Santifica nuestro corazón con el fuego de tu palabra para que nuestros ojos reconozcan tu presencia en la mano que se tiende y en la mirada que mendiga nuestro amor. Pues tú nos juzgarás sobre el amor cuando llegue el día de tu juicio.

III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, bienvenidos a celebrar la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, conclusión del año litúrgico. El Señor Jesús es Rey y nosotros somos su pueblo, ovejas de su rebaño. Celebrando la Eucaristía, memorial de su Pascua, encontramos luz en la escucha de su Palabra, y en la comunión con su Cuerpo somos fortalecidos para vivir la caridad. Con fe y devoción celebremos estos sagrados misterios.

Monición a las lecturas

La realeza de Cristo no se caracteriza por una relación de dominio con sus súbditos, sino por la figura del pastor que cuida y da la vida por sus ovejas. En la fiesta de hoy se nos invita a reconocerle presente en los “hermanos menores” que sufren las consecuencias de una vida injusta o egoísta, a quienes hay que atender y cuidar como si se tratara del mismo Señor. Él se identifica con los humildes y sufridos y los hace partícipes de la victoria sobre el mal que es su resurrección. Escuchemos.

Oración de fieles

Presidente
Oremos al Señor que vino al mundo a salvarnos y vive para siempre para interceder por nosotros.

R/. Rey y Señor nuestro, escúchanos.

1. *Jesucristo, Rey del Universo, es un rey singular, pues tiene por trono una cruz y unas espinas por corona.*

Oremos para que la Iglesia se despoje siempre de los signos de grandeza, de poder y de dominio que oscurecen la misión y el mensaje por Él encomendados.

2. *El reino de Jesús no es como los reinos de este mundo, distantes o de dominación.*

Oremos para que el ejercicio de la caridad y la práctica de la justicia sean las características de sus seguidores y de todos los que conforman su reinado.

3. *El reino de Jesús está dentro de nosotros y es un reinado de paz, de justicia y de verdad.*

Oremos para que nuestra Iglesia local descubra cada vez más que su identidad y razón de ser está en la atención y promoción del ser humano, que acompaña el proceso evangelizador.

4. *El reino de Jesús se alcanza cuando se actúa con compasión y amor.*

Oremos para que el amor, la fraternidad y la acogida sean el estilo de vida en la familia, en el trabajo, en la sociedad y en las comunidades parroquiales.

5. *El reino de Jesús, como él mismo dice, no es de este mundo.*

Oremos por nosotros, que celebramos la Eucaristía y cultivamos la fe con obras, para que siendo fieles al mensaje de Cristo podamos entrar un día en su reino glorioso.

Presidente
Señor Jesús, Dios de bondad y de misericordia que miras con piedad a tus fieles, escucha la plegaria de la Iglesia que proclama tu reinado glorioso y espera su redención definitiva. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario

Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo

Ciclo A

22 de noviembre

I. Claves de reflexión

1. Acompañar:

Es habitual que relacionemos a los reyes con coronas, palacios y grandes ejércitos. Sin embargo, Jesucristo Rey no lo es por lo que tiene, sino por lo que hace, por amar sin medida, por cuidar, acompañar y dar su vida por los demás. Su grandeza no consiste en la capacidad de poner personas a su servicio, sino en que él mismo se hace servidor de los demás, hasta el extremo de enseñarnos a reconocerlo a él en cada persona que está triste y tiene dificultades.

2. Motivar:

Para la motivación se les podría presentar el siguiente ejercicio que llevará por nombre **«¿Dónde está Jesús?»** Su finalidad es que aprendan a identificar a Jesús en las diversas situaciones que viven en su vida cotidiana.

a. Un niño nuevo llega al colegio y nadie quiere jugar con él.
b. Un compañero olvida su media mañana y tiene hambre.
c. Una persona mayor necesita que se le ceda el puesto en el transporte público.
d. Un amigo está triste porque ha tenido un problema en su familia.
e. Un compañero tiene dificultades para comprender una actividad escolar.

Después de exponer las diversas situaciones se les podrían realizar las siguientes preguntas:

- ¿Qué haría Jesús si estuviera en nuestro lugar?
- ¿Cómo podemos ayudar a esa persona?

- ¿Por qué, al ayudarla, estamos ayudando también a Jesús?

3. Retar:

Proponemos tres pequeños retos para ayudar a los niños a construir el Reino de Jesús durante la semana:

- El reto de **compartir**: compartir algo con alguien que necesite de mi tiempo, mis alimentos, mi escucha, mis conocimientos o mi ayuda.
- El reto de **acompañar**: vamos a prestar atención a las personas que están solas, tristes o necesitan compañía. No vamos a esperar a que pidan ayuda para acercarnos; seremos los primeros en dar el paso para servir.
- El reto de **servir**: realizaremos cada día una acción de servicio en la casa, en el colegio o en la comunidad, recordando que cuando ayudamos a los demás, estamos ayudando a Jesús.

Recuerda:
La invitación es que al finalizar la semana cada niño pueda contar qué hizo y cómo se sintió al descubrir a Jesús en los demás.

II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Sean todos cordialmente bienvenidos a esta santa eucaristía, con la cual damos por terminado el ciclo A del Año Litúrgico. Celebramos juntos en este domingo a Jesucristo, Rey del universo. Él no es un rey común; no necesita riquezas, ejércitos o palacios para demostrar poder y autoridad. Su reino se basa en el amor y la misericordia, especialmente con los que más lo necesitan. Tanto es así que nos invita a reconocerlo y a descubrirlo en los más pequeños y vulnerables del mundo.

Que esta celebración nos ayude a reconocerlo como nuestro Rey, para ayudarle a construir su reino con nuestras palabras, actos y gestos de amor. Comencemos juntos esta celebración.

Monición a las lecturas

Hoy escucharemos en la palabra de Dios que Jesús es presentado como Buen Pastor y como Rey que gobierna desde el amor y el cuidado de los demás. En el evangelio se nos hace una gran revelación: Jesús, al gobernar desde el amor, nos invita a verlo a Él mismo en las personas que necesitan de atención y servicio constante.

Escuchemos con atención y descubramos cómo podemos hacer presente el Reino de Jesús en nuestra vida cotidiana.

Oración de fieles

Presidente

Queridos niños, en esta solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, pidámosle a Dios que nos ayude a reconocer a Jesús en nuestros hermanos y que nos enseñe a construir su Reino mediante el amor y el servicio.

R/. Padre de amor, enséñanos a servir a los demás.

1. Por la Iglesia, por el papa León y por nuestro arzobispo Luis José, para que, siguiendo el ejemplo de Jesús, sean pastores que cuiden, acompañen y sirvan con amor al pueblo de Dios. Oremos.

2. Por los niños que tienen hambre, que están enfermos, que viven en situaciones de violencia o que no cuentan con una familia que los cuide, para que encuentren personas dispuestas a ayudarlos y protegerlos. Oremos.

3. Por nuestras familias, para que Jesús reine en nuestros hogares y aprendamos a vivir unidos, compartiendo, perdonándonos y ayudándonos unos a otros. Oremos.

4. Por nuestros profesores, catequistas y todas las personas que nos enseñan y acompañan, para que sigan sembrando en nosotros valores de solidaridad, respeto y servicio. Oremos.

5. Por todos nosotros, para que no seamos indiferentes ante las necesidades de los demás y descubramos que cada gesto de amor es una oportunidad para encontrarnos con Jesús. Oremos.

Presidente

Padre bueno, escucha las oraciones que te presentamos con fe. Concédenos un corazón semejante al de tu Hijo Jesús, nuestro Rey y Pastor, para que aprendamos a amar, servir y cuidar a nuestros hermanos, especialmente a quienes más nos necesitan. Por Jesucristo, nuestro Señor.